

# Walter Wilson

Santiago Nicolás Quenan David

Universidad Mariana

Aquella mañana de noviembre, cálida entre sus climas y hermosa en todos sus aspectos, me levanté con un ojo más pequeño que el otro, la vista un poco borrosa y ojeras en mi rostro, que demostraba todo lo contrario a aquel día. Agobiado y angustiado, como aquel actor de cine a punto de morir; hundido en un mar de lágrimas sustanciosas, que lo único que hacían era nublar más mi vista; arrodillado en medio de un camino lleno de espinas y piedras que perforaban mis rodillas, tomé mi celular y lo primero que hice fue llamar a mi amigo Cristian, que con mucha suerte, después de tantas llamadas en espera, me contestó y le dije:

—Amigo, has visto qué día tan bonito, pero que camino tan duro y rígido — entre risas y carcajadas, Cristian me responde:

—Estás loco, amigo, ja, ja, ja, ya bájale a tantas películas que te pasas mirando, ‘chucha’.

Cristian me colgó la llamada y no me respondió más, al parecer perdió su identidad y se cree más Ecuatoriano que los propios nativos de allá por el hecho de vivir más de dos meses en Otavalo.

Abrí mis redes sociales: Facebook e Instagram, y al ver mi perfil note que la información personal en mis redes sociales era equivocada, no me llamaba Walter, sino Wilson, ya no era de apellido Brown, sino que ahora era Wilson Davis, y no tenía el hermoso celular de alta gama que me compraron mis padres, sino que poseía un celular de gama baja de la marca Fenipax, dejé de ser el tipo estrato 10 y pase a ser el típico chico de barrio bajo, con una perspectiva de mi vida totalmente diferente. Tomé mi celular y realicé otra llamada, esta vez a mi hermana, le pregunté por mi mamá, su respuesta fue que no me conocía y colgó, esto ya no era normal. Corrí al viejo parque del

barrio a buscar a mis amistades y note que nadie me conocía, ni siquiera sabían quién era Walter, es más, dijeron que nunca habían escuchado a alguien con ese nombre por el barrio; siguieron jugando microfútbol y me hicieron a un lado, esto era cada vez más raro.

Decidí caminar al centro de la ciudad para buscar respuestas a todo lo que me estaba sucediendo. Llegue a un centro comercial y al entrar sentí que alguien tocó mi hombro, inmediatamente volteé pensando que era alguien que me conocía, pero después noté que se había confundido. Cada vez todo era peor. Empecé a sentir que dos personas me seguían y observaban con bastante determinación cada uno de mis movimientos, me dirigí a una biblioteca a buscar alguna solución para lo que me estaba pasando, revisé libros de brujas y hasta de magia, queriendo encontrar una alternativa para salir de esto, pero todo fue en vano.

Busque a una antigua novia, con la idea de que iba a reconocerme al contarle que años atrás habíamos sido pareja, pero ni siquiera me había conocido por primera vez. Ya todo era una locura: desconocerme en su totalidad, levantarme y ser otra persona. Estaba desorientado.

Hasta que se acercó alguien a mí y me saludó con mucha confianza, estrechó su mano diciéndome:

—Qué milagro, amigo, no espere verte tan pronto, por lo visto no te ha ido también —me causó admiración y me quedé sin palabras, porque no sabía qué responder, ni siquiera lo había mirado. Salí corriendo para perderlo de vista hasta encontrar un lugar donde refugiarme y buscar una salida. Me daba golpes de pecho, pensaba demasiadas cosas, pero no encontraba el porqué de lo que me estaba sucediendo; de repente se me apareció alguien de un tamaño diminuto, un poco grotesco, pero muy chistoso, diciéndome:

—¿Qué pasa, mi viejo?, ¿por qué esa cara de susto, a quién mataste? —en medio de mi preocupación y miedo me dio risa y le dije:

—No, afortunadamente a nadie.

El tipo muy amistoso se me acercó y me dijo:

—Relajado, amigo, ya verás que no todo será malo.

Salimos juntos a buscar algo de comida, yo camuflaba al tipo para que nadie lo mire en las comidas rápidas, ya que se asustarían al verlo. Pedimos la comida y fuimos a comer a escondidas; degustamos de la comida en medio de risas e historias y después salimos a comprar ropa, zapatos, en una tienda de ropa americana. Me vestí lo más americanamente posible, parecía todo un jugador de baloncesto, con sudaderas y playeras anchas, siempre cargando el bolso con el tipo que hasta ahora se convertiría en mi primer amigo. También fuimos a dar una vuelta por toda la ciudad, conocí lugares, restaurantes personas nuevas, y después de pasar por un día feo, lleno de muchas dudas, empezaba a volverse, quizás, el mejor día de toda mi vida.

El tipo me brindó oportunidades y cosas nuevas que me estaban gustando, empecé a ver otra perspectiva de la realidad. Las horas iban pasando y la

noche caía en la ciudad, una luna resplandeciente acompañada de estrellas adornaban la noche. Acompañado de mi nuevo amigo decidimos salir a un bar a tomarnos un trago de Vodka. Siendo las 9 p. m. en el Bar The Anomaly, mi amigo me dijo:

—Espérame, voy al baño, esta noche nos esperan invitadas especiales y no me pueden ver de esta manera.

Mi amigo se escabullía debajo de las mesas hasta llegar al baño de hombres. Como se tardó más de media hora, fui a buscarlo, pero no estaba. Me causó impresión no encontrarlo, no podía imaginar en dónde pudo haberse metido. Al salir del baño mire con sorpresa que en mi mesa está alguien sentado de espaldas bebiendo una cerveza, de inmediato me acerque, se presentó alguien con las mismas características físicas a mi viejo yo, automáticamente quede frío al verme físicamente en otra persona que no era yo. Resulta que ese hombre era el tipo pequeño, grotesco, que me encontré unas horas atrás y me dijo:

—Muy sorprendido, amigo, mucho gusto, ahora me llamo Walter — prontamente soltó la carcajada y se levantó a sacar a bailar a una chica.

Yo me quede observándolo sentado muy definidamente, él era completamente igual a como yo era antes, mis gestos, mi forma de expresarme, la forma de bailar, absolutamente todo se parecía a mí. Después de analizar semejante suceso, dejé de lado la intriga y sorpresa, decidí actuar con normalidad y nos pusimos a tomar una botella de un delicioso licor extranjero, poco a poco me iba embriagando y miraba las cosas de manera diferente.

El licor que habíamos tomado me había llevado a pensar si verdaderamente extrañaba mi antiguo yo o me quedaba con la persona en la cual me había convertido en tan solo un día. Walter, en medio de su embriaguez, me preguntó si me gustaría volver a ser como antes, a lo que respondí con un sí rotundo. Walter me ofreció una copa, brindamos y dos minutos después colapsé, dormí profundamente hasta que escuchaba una voz muy lejana que me decía:

—¡Walter! ¡Walter! son las 7:45 p. m. y vas tarde a la universidad —era la voz de mi madre.

Me levanté súper rápido y me dirigí a el espejo, me topé con la sorpresa que ahora realmente era yo, hubo un gran alivio en mi vida, mi espíritu y perspectiva. No supe si fue un sueño o un desdoblamiento astral el que tuve, lo que sí sé con certeza es que el tipo grotesco dejó un papel debajo de mi almohada que decía.

—Amigo Walter, si una vida nueva quieres tener no dudes en buscarme y llevarme el licor más fino. Te aseguro que esta vez ya no te vas a llamar Wilson.